

Revista Latinoamericana de Comunicación

Chasqui

No. 53 Marzo 1996

- 
- Radioapasionados y televisionarios
 - Medios, sociedad y violencia



Imágenes Libres. El Salvador

VIOLENCIA URBANA, *nuevos escenarios*

La crisis económica generaliza la inseguridad social y económica, contribuye a reducir los mecanismos de representación, a limitar los espacios de solución de los conflictos, a mercantilizar las relaciones sociales y a restringir las manifestaciones culturales de los ciudadanos. De allí que la restricción del origen y fuente de la ciudadanía lleve al incremento de la violencia urbana e inseguridad ciudadana, y a la reducción de la calidad de vida de la población.

La violencia urbana tiene un rostro con una geografía delictiva que en el centro es distinta a la periferia; una cronología diferenciada por meses, días y horas; una sociedad que le afecta por grupos sociales según clase, género y edad; una utilización de medios diversos de armas blancas o de fuego; una forma cultural lúdica en la que el alcohol y las drogas juegan un papel central; unas motivaciones de la más variada índole.

El enfrentamiento al hecho delictivo arroja resultados preocupantes. Se observa una erosión de la ciudadanía, por

FERNANDO CARRION M., ecuatoriano. Arquitecto, director de la FLACSO-Ecuador, editorialista del Diario *Hoy* y profesor universitario. El trabajo es de su autoría y no compromete a estas instituciones.

cuanto los habitantes, primeras víctimas del fenómeno, empiezan a asumir mecanismos de autodefensa que modifican su conducta cotidiana: cambios en los horarios habituales; transformación de los senderos y espacios transitados; restricción de las relaciones sociales, porque todo desconocido es un sospechoso; reducción de la vulnerabilidad personal al adquirir armas, perros, alarmas -que ya son parte del paisaje urbano- o aprendiendo defensa personal.

Estas acciones de autodefensa son, a su vez, causa y efecto de un nuevo comportamiento social: angustia, desamparo, aislamiento, desconfianza, agresividad, individualismo. La ciudad pierde espacios públicos y cívicos, y generaliza la urbanización privada-amurallada que segrega aún más lo social, espacial y

temporal; con lo cual, a la par que la población pierde la condición de ciudadanía, la ciudad relega su posibilidad de polis, foro y tiáñez.

Salidas equívocas: reprimir y privatizar

La primera salida ha servido para justificar el fortalecimiento de los llamados gendarmes del orden. La segunda ha permitido que ciertos sectores, entre los cuales se encuentran policías jubilados, desarrollen empresas de seguridad privada a base de un personal con poca formación.

Mientras ciertos sectores sociales reclaman mano dura para que se protejan sus bienes y vidas, y conciben al Estado (policía, ejército, justicia) como el garante de la protección colectiva, este la asume en el marco de la seguridad nacional. Así, periódicamente se aplican operativos en los barrios populares con una estrategia de represión, amedrentamiento y seguridad, según los manuales antisubversivos.

Los resultados de esta política no son los mejores y están a la vista: la violencia aumenta, la policía se deslegitima por fuera y se corroe por dentro, la justicia acumula más casos de los que ventila y la institucionalidad, en general, se erosiona a pasos agigantados.

La violencia como relación social

La ciudad es el lugar privilegiado de concentración de la diversidad en toda su expresión: social, cultural, económica, política y, por tanto, donde tienden a potenciarse muchos problemas. De allí que la conflictividad urbana sea una síntesis multicausal que provoca varios efectos, algunos de los cuales asumen formas violentas ante la ausencia de canales de desfogue.

La violencia es una relación social conflictiva que surge de intereses y poderes que no encuentran soluciones distintas a la fuerza. Es un nivel del conflicto que no puede procesarse dentro de la institucionalidad vigente porque, por ejemplo, el sistema político está construido sobre la base de una representación social que tiene muchos vicios, en el que la legitimidad de los gobernantes se erosiona rápidamente, el clientelismo -como expresión de la privatización de la política- tiene sus límites, las relaciones de poder se fundan en la

exclusión del oponente antes que en la inclusión, el consenso.

De igual manera, no es que el migrante como tal sea violento, sino que la sociedad urbana aún no ha procesado los conflictos del crecimiento o de crisis urbana por falta de cobertura de los servicios, equipamientos, transporte; o la presencia de nuevos actores emergentes, las nuevas formas de relación entre el campo y la ciudad, el fenómeno de la informalización, o de la marginalidad en tanto exclusión de decisiones e inclusión diferenciada a la justicia.

La impunidad abierta o diferenciada son la forma más clara de la caducidad de los mecanismos de procesamiento de conflictos que conduce al descrédito de la policía, de la justicia y de toda la institucionalidad. Pero la cosa no queda allí, ya que se va legitimando la justicia por sus propias manos, sea bajo formas encubiertas ("Escuadrones de limpieza antidelictiva") o de modalidades abiertas (linchamientos periódicos que se observan en muchas ciudades).

El fantasma de la violencia urbana

La violencia ya es uno de los problemas más importantes de la ciudad contemporánea. Han aparecido nuevas violencias, inéditas manifestaciones de las antiguas y el incremento notable de todas ellas: las pandillas juveniles, el narcotráfico y sus secuelas, los "caracazos" con sus distintas versiones, así como el desarrollo tecnológico y de la organización del delito.

En Colombia las tasas de homicidio se triplicaron en el período 1983-92, en el Perú se quintuplicaron entre 1986-91, y en Panamá se duplicaron entre 1988-90. En México los años de vida potencialmente perdidos representaron el 8

por ciento y en El Salvador, el 21 por ciento (OPS). En América Latina, la situación es más dramática con los jóvenes (entre 15 y 25 años) pues son los principales actores: agentes de las violencias y víctimas principales; para ellos el homicidio es la segunda causa de muerte.

Hemos llegado a la alarmante situación de que, prácticamente, no hay dominio de la vida urbana donde las violencias no hayan penetrado y dejado sus efectos devastadores. Las encuestas de opinión de la población urbana empiezan a plantearla, de forma creciente, como uno de sus problemas centrales.

Sin embargo, los gobiernos locales y nacionales todavía no la asumen con la debida propiedad. Y, más aún, es poco el conocimiento que tenemos sobre el problema, al grado que la relación violencia-ciudad se nos presenta poco clara. Por ejemplo, se ha encontrado que no hay una correlación directa entre el tamaño de una aglomeración, la calidad y cobertura de los servicios, con respecto a los niveles de violencia. Partimos del hecho de que la violencia no es exclusiva de la ciudad y de que es preferible conocer los efectos de las violencias sobre la ciudad, que de esta sobre la anterior.

Pero la conflictividad no es ni mala ni buena, mucho más si se constata que esta esencia de la ciudad ha producido los mayores desarrollos sociales, económicos y tecnológicos de la historia de la humanidad. Por lo tanto, el problema radica no en la conflictividad, sí en la inexistencia de canales institucionales de su procesamiento pacífico, por lo cual asume formas violentas.

Las violencias ciudadanas son variadas y multicausales: la política que proviene de agentes organizados que buscan desestabilizar la institucionalidad estatal vigente, la común que lleva a erosionar la ciudadanía. Sin embargo, a la hora de enfrentarlas, el Estado no establece diferencias entre ellas, porque las inscribe dentro de los conceptos de seguridad nacional y seguridad del Estado.

En la actualidad, las violencias afectan más a los ciudadanos y a sus instituciones que al Estado y sus órganos. En una constatación todavía por medirse estadísticamente, se puede señalar que la mayoría de las violencias se dirigen

hacia la población y una minoría de ellas hacia el Estado. Pero lo que más llama la atención es que la acción del Estado es inversamente proporcional.

La transnacionalización de la violencia

Durante los últimos años se percibe un incremento y transformación de la violencia urbana que se desarrolla a escala internacional. Según Castillo (UNAM) "la violencia es uno de los reflejos más dramáticos de los procesos de globalización mundial".

Las nuevas formas de la violencia han acarreado el nacimiento de nuevos actores y la transformación de los anteriores. No solo la ausencia de horizontes y la profusión de imágenes de consumo y placer está creando un nuevo tipo de delincuente, sino que la propia organización del delito requiere de otros personajes: el sicario, el pandillero, el gamín, etc.

Según información disponible, América Latina se ha convertido en el continente más violento del mundo, con una tasa cercana a los 20 homicidios por 100 mil habitantes. Cuenta también a los países más violentos del planeta: Colombia,

Brasil, Panamá y México. La tasa de homicidios a nivel urbano ha aumentado dramáticamente en los últimos años: en Río de Janeiro y Medellín superan los 70 asesinatos por 100.000.

La violencia se ha convertido en una estrategia de resistencia de ciertos sectores de la población, pero también opera como una empresa transnacional. Por la vía de los mercados ilegales se desarrollan verdaderas empresas transnacionales del delito; las de mayor peso son las del narcotráfico y, en menor medida, las involucradas con los asaltos a bancos y casas comerciales, el robo de vehículos, la depredación del patrimonio cultural, entre otros. Así como un carro o un cuadro robado en Ecuador se envía a Perú o Colombia para su comercialización, el Ecuador se convierte en mercado para los bienes sustraídos en otros países.

Los efectos económicos son cada vez mayores. En Colombia, según información de Echeverri (BM), el Ministerio de Salud estimó que en 1993 la violencia causó pérdidas por US\$ 1.250 millones; solo en gastos de atención a heridos por violencia, el ministerio gastó casi US\$ 100 en ese año, lo que podría

asegurar la vacunación completa de los niños colombianos en los próximos 20 años.

En Estados Unidos el costo del crimen llegó a la cifra de US\$ 425 billones por año. Solo el costo de un caso de violación sexual es alrededor de US \$ 54.000. Se estima que la población posee más de 200 millones de armas de fuego. Más del 60% de los homicidios son cometidos con armas de fuego; y por cada uno de estos, ocurren seis heridos por bala.

Violencia y medios de comunicación

De un tiempo a esta parte, se percibe una transformación de la escena urbana y su trama de relaciones sociales, que hace que las instituciones en las cuales la ciudadanía se expresa, representa y constituye, se transformen. Ello da lugar a una organización social e identidad cultural donde la población busca su rol en un marco diverso y de reacomodo cultural de los actores.

El debilitamiento de lo público, como instancia de socialización y de mediación de lo individual, se encuentra en franco proceso de deterioro. Por ello, los



Imágenes Libres, El Salvador

"Estrategias policíacas según manuales antisubversivos"

problemas de las identidades, como base de la articulación social y del sentido de pertenencia, tiende a redefinirse en ciertos grupos de la sociedad, como la juventud, y en algunos ámbitos sociales.

En este contexto, las tradicionales instituciones de socialización de la juventud pierden eficacia como articuladores sociales y evidencian la crisis en que se encuentran. No se puede dejar de señalar, entre ellas, a la familia, la comuna, la escuela, la fábrica y la iglesia¹. Frente a ello surge la transformación de las instituciones, el apareamiento de múltiples lugares no institucionales que juegan un rol fundamental en los procesos de socialización de la población, y la consolidación o fortalecimiento de nuevas.

Los espacios de socialización, que dejan las instituciones tradicionales, son asumidos por nuevos escenarios como la televisión, la calle, el parque o la cárcel. La calle para el gamín es el escenario de trabajo, de educación y de vínculo social. La cárcel para el joven presidiario es la escuela de su vida.

Pero es la televisión, más que la escuela, el escenario de socialización más importante para la juventud, tanto por el tiempo que la dedican como por la producción de un proceso de homogeneización cultural fundado en la violencia y el consumo. La televisión difunde conductas violentas y genera modelos, valores y técnicas delictivas². En muchos programas se exalta la violencia bajo múltiples formas, se esquematiza la realidad a través de una confrontación maniquea entre buenos y malos, y se modifican los tiempos de la vida real, con lo cual los paradigmas sociales se transforman notablemente.

La juventud es la que se encuentra más directamente vinculada a esta situación. Por ejemplo, los niños colombianos pasan casi dos horas viendo televisión por cada hora de clase. A los 16 años, un niño colombiano habrá visto 150.508 actos violentos, 17.520 asesinatos y 224.640 comerciales (Boletín ATVC, 1993). Los niños franceses entre dos y diez años de edad ven 1.200 horas de televisión al año frente a las 900 que pasan en la escuela.

En los Estados Unidos, según De Roux (OPS), al finalizar la escuela primaria un joven habrá visto un promedio de 8.000 asesinatos y 100 mil actos vio-

Las nuevas formas de la violencia han acarreado el nacimiento de nuevos actores y la transformación de los anteriores. No solo la ausencia de horizontes y la profusión de imágenes de consumo y placer está creando un nuevo tipo de delincuente, sino que la propia organización del delito requiere de otros personajes: el sicario, el pandillero, el gamín, etc.

lentos. Al salir del bachillerato habrá estado frente al televisor el doble de horas que en el salón de clases y presenciado alrededor de 16.000 homicidios. Los programas infantiles de fin de semana muestran un promedio de 18 actos violentos por hora.

Asimismo, los periódicos y revistas especializadas venden la violencia a un nivel primario, lo cual permite construir una percepción a todas luces distorsionada del fenómeno, no solo porque magnifican una realidad sino porque insensibilizan a la población. De esta manera, banalizan la violencia al insertarla en la vida cotidiana en vez de ayudar a erradicarla.

Algunas propuestas

Es un problema de interés colectivo y público que compromete al conjunto de la sociedad y sus instituciones (no solo a la policía). Al ser la ciudadanía fuente y fin de la violencia urbana se requiere su participación en la solución del problema (por ejemplo, en vez de privatizar la policía, dotarla de ciudadanía).

Pero también una nueva institucionalidad que la asuma, en la que bien podría participar la municipalidad, por ser el órgano estatal más cercano a la sociedad civil y a la vida cotidiana. En esta perspectiva, sería interesante que las municipalidades creen comisiones especiales de seguridad ciudadana en las que participen concejales, policía, intendencia, justicia, comisiones de derechos humanos.

Pero no será suficiente si no se controla la apología de la violencia que realizan algunos medios de comunicación, en especial la televisión, si no se modifican los factores de la cultura lúdica basada en el alcohol, el control de las armas de fuego, el desarme de la población y su monopolio por el ejército y la policía.

En el campo penal se debe avanzar más en la búsqueda de una racionalidad jurídica fundada en el derecho ciudadano, en la desburocratización y agilidad de la justicia que en el incremento de las penas. Hay que diseñar mecanismos que tiendan a resolver conflictos y espacios donde la ciudadanía pueda conciliar y hacer justicia. En suma, se requiere de una institucionalidad que procese los conflictos, sobre la base de una pedagogía de la convivencia ciudadana inscrita en una estrategia de orden público democrático. ●

NOTAS

1. "Con la modernización y la secularización, las instituciones tradicionales (iglesia, familia, escuela) por diversas razones han perdido eficacia como cohesionadores de las comunidades y como instancias claves en el proceso de inserción de los individuos en un orden simbólico y normativo" (Corporación-Región Medellín, 29).
2. "Tres estudios nacionales en los Estados Unidos, por diferentes instituciones, llegaron a la misma conclusión: ver violencia en la TV estimula el desarrollo de comportamientos agresivos, incrementa la violencia e insensibiliza hacia ella" (De Roux, 10).